

Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas españoles, italianos y portugueses*

Dimitrov 1982: identity, memory and strategy in the political culture of Spanish, Italian and Portuguese communists

Fabio Calè

Universidade Nova de Lisboa

Resumen

En 1982, con ocasión del centenario del nacimiento de Dimitrov, el PCE, el PCI y el PCP acudieron a Sofía a una conferencia teórica internacional en la que el PCUS pretendió reafirmar los cánones del internacionalismo proletario. En otras dos conferencias, celebradas en Roma y Madrid, se debatieron también las raíces históricas del eurocomunismo. Analizando las conferencias y dos productos culturales vinculados a la conmemoración —una película de Juan Antonio Bardem y un cómic de José Ruy— podemos explorar la relación entre identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas de principios de los años ochenta.

Palabras clave: comunismo, internacionalismo proletario, cultura política, historia cultural, eurocomunismo.

Abstract

In 1982, to mark the centenary of the birth of Dimitrov, the PCE, the PCI and the PCP travelled to Sofia for an international theoretical conference through which the CPSU intended to reaffirm the canons of proletarian internationalism. Two other conferences, held in Rome and Madrid, focused on the historical roots of Eurocommunism. Through the analysis of these conferences and of two cultural products linked to the anniversary, a film by Bardem and a comic book by José Ruy, we can explore the relationship between identity, memory and strategy in the political culture of communists in the early 1980s.

Keywords: communism, proletarian internationalism, political culture, cultural history, Eurocommunism.

Este artículo forma parte del proyecto de investigación «A vitória não é certa. The Soviet Myth and the Political Culture of Communists in Italy, Portugal and Spain (1976-1991)», para el doctorado de Historia en el IHC- NOVA FCSH / IN2PAST. Este trabajo es financiado con fondos nacionales a través de la FCT- Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., en el marco del proyecto con el identificador DOI: <https://doi.org/10.54499/2022.14702.BD>.

En junio de 1982, con ocasión del centenario del nacimiento de Georgi Dimitrov, 140 delegaciones de partidos comunistas —y otros— convergieron en Sofía para celebrar, en palabras de Zivkov, «al notable revolucionario de tipo leninista, al ilustre hijo de Bulgaria, a la carne de la carne de la clase obrera búlgara, al talentoso discípulo del fundador de nuestro partido marxista revolucionario Dimitar Blagoev»^[1]. Además de la conferencia de Sofía, se realizaron otras dos conferencias dedicadas al héroe del Proceso de Leipzig y secretario de la Internacional Comunista en Madrid y en Roma, organizadas por el Instituto Gramsci y la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM).

Analizaré en este artículo algunos contenidos y formas del acercamiento del Partido Comunista de España (PCE), el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista Portugués (PCP) a las celebraciones del centenario del nacimiento de Dimitrov, centrándome en las tres conferencias y en dos productos culturales vinculados al ciclo conmemorativo: la película *La advertencia — Die Mahnung* de Juan Antonio Bardem (1982) y el cómic *Jorge Dimitrov: Héroe internacionalista* de José Ruy (1985).

Las cuestiones que pretendo poner de relieve son:

1) El modo en que los tres partidos se midieron, en el seno de la conferencia internacional, ante el internacionalismo proletario y la figura de Dimitrov, dotada de una carga simbólica todavía muy fuerte y de un legado teórico-político de importancia decisiva e interpretación discutida.

2) La representación del héroe socialista modélico en dos productos culturales, ambos destinados a un público amplio.

3) La manera en la que la figura de Dimitrov, analizada desde una perspectiva teórico-política y con fuertes aportaciones historiográficas en las conferencias de Roma y Madrid, es utilizada en relación con el eurocomunismo y con las condiciones políticas concretas de los partidos español e italiano.

Consideraciones iniciales: identidad, memoria y estrategia

La complejidad de la figura de Dimitrov, la centralidad del VII Congreso de la Internacional Comunista en la definición de la estrategia política y de la identidad de los partidos comunistas occidentales, el aislamiento político que a principios de los años ochenta caracterizaba tanto la condición de los dos partidos que más se habían distinguido como abanderados del eurocomunismo y de la autonomía con respecto a Moscú (PCE y PCI), como la del partido occidental más cercano a los países del Este (el PCP), son elementos que pueden ayudar a interpretar la relación entre identidad, memoria y estrategia en un contexto marcado por los acontecimientos polacos, la crisis de los euromisiles y el crecimiento del movimiento pacifista.

En la cultura política de los comunistas, el papel de la memoria fue central a la hora de determinar las características fundacionales de una visión del mundo y de una identidad colectiva, correlacionadas siempre con una estrategia política anclada en el presente y orientada a la construcción del futuro. El mito fundacional, que para los tres partidos aquí considerados consistió en un acontecimiento histórico global correlacionado con un proceso histórico local, fue objeto de un constante proceso de reelaboración en el que entraron en juego dimensiones diferentes y una pluralidad de actores.

1.- *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporain. Conférence théorique à l'occasion du 100e anniversaire de la naissance de Georgi Dimitrov*, Sofía, Sofia-presse 1983, p. 10.

La utopía racional, en la que la ciudad ideal, la sociedad sin clases, se representa como el resultado necesario de la historia, se nutrió de la dialéctica entre la interpretación científica, el análisis objetivo del presente y la adaptación progresiva de los relatos del pasado, encaminados, por una parte, a la definición de una estrategia política y, por otra, a la confirmación o actualización de las leyes del desarrollo histórico definidas por el marxismo-leninismo, en su versión clásica. Sin embargo, dado que tanto la cultura política como el papel de la memoria se estructuran a partir de un contexto relacional^[2], es necesario analizarlo en toda su complejidad.

En la Conferencia Internacional de Sofía de 1982, por ejemplo, y más en general en el ciclo conmemorativo dedicado a Dimitrov, fue posible observar la elaboración simultánea de representaciones del pasado divergentes no sólo en la interpretación del legado de Dimitrov desde un punto de vista teórico-político, sino también en la concepción de la relación entre pasado y presente. El objeto de estas representaciones, Dimitrov, fue ciertamente uno de los protagonistas de la historia del movimiento obrero y de la Internacional Comunista de los años treinta y cuarenta, el teórico del VII congreso y de las democracias populares, pero fue también y sobre todo el «León de Leipzig», el héroe antinazi por antonomasia. Constituyó, por tanto, un mito unificador que, a diferencia de varios otros elementos de la matriz internacionalista en los inicios de los años ochenta, continuó interpelando a todos los actores presentes en la conferencia.

En efecto, fue a partir del carisma del héroe, del hombre que solo y encadenado derrotó a Goering y a Goebbels en la propia

2.- Myron J. Aronoff y Jan Kubik, *Anthropology & Political Science: A Convergent Approach*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2012, p. 82.

Alemania, que los soviéticos construyeron, como veremos, una actualización del pasado destinada a restaurar el papel guía de Moscú, presentado no como un principio jerárquico explícito, sino como un resultado necesario de la solidaridad internacionalista. Si consideramos el mismo contexto y objeto desde la perspectiva del PCE, el PCI y el PCP, nos encontramos ante tres enfoques diferentes, tanto en los contenidos de la representación, como en la calidad de los actores llamados a interpretarla. Lo mismo sucede cuando analizamos las representaciones colaterales que tienen lugar en los contextos de origen de los tres partidos.

De camino a Sofía: el escenario y las reuniones

Para los partidos comunistas, el año 1982 se abrió con las consecuencias inmediatas de la crisis polaca^[3]; Reagan acababa de lanzar su desafío en un conocido discurso en Westminster^[4], y Brezhnev se dispo-

3.- La crisis polaca comenzó en agosto de 1980 con una huelga en los astilleros de Gdansk -que ya habían sido escenario de una revuelta obrera y una violenta represión en 1970-, seguida de un acuerdo entre el gobierno polaco y Solidarność, el sindicato autónomo de base fundado por Lech Wałęsa. A lo largo de 1981, la creciente visibilidad, influencia y proyección política de Solidarność suscitó gran inquietud dentro y fuera de Polonia, lo que llevó al general Jaruzelski a tomar la decisión de proclamar el estado de sitio e iniciar la represión del sindicato. Para observar el impacto del acontecimiento en los eurocomunistas, véase, para el PCI, Silvio Pons y Michele Di Donato, «Reform Communism», en Julianne Fürst, Silvio Pons y Mark Selden (eds.), *The Cambridge History of Communism, Vol. 3: Endgames? Late Communism in Global Perspective, 1968 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, p. 193; para el PCE, José M. Faraldo, «Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982», *Contemporary European History*, 26/4 (2017), pp. 663-665.

4.- Discurso pronunciado el 8 de junio de 1982 en Londres: «It's the Soviet Union that runs against the tide of history, by denying human freedom and human dignity to its citizens», <https://www.youtube.com/>

nía a presentar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas una posición que pretendía relanzar la imagen de la URSS como paladín de la paz, mientras el movimiento pacifista se extendía en Occidente.

La crisis polaca, en particular, marcó una nueva fractura entre los eurocomunistas^[5] —cada vez más PCI y PCE, y cada vez menos Partido Comunista Francés (PCF)— y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En el partido italiano, no sólo la famosa declaración de Berlinguer sobre el «agotamiento del impulso propulsor de la revolución de octubre», sino también una sesión muy intensa del Comité Central^[6], en la que se debatió una carta muy dura del órgano homólogo del PCUS^[7], y una polémica publicada en las columnas de *Rinascita* y *Kommunist*^[8], marcaron el acontecimiento de una ruptura que, en el imaginario, permaneció ligada a la definición del secretario, y a menudo se interpretó como un punto de no retorno.

En los primeros meses del año, en las reuniones bilaterales del PCI con los partidos español y portugués —así como con el

[watch?v=Gm35tFTtsuc&ab_channel=ReaganLibrary](https://www.youtube.com/watch?v=Gm35tFTtsuc&ab_channel=ReaganLibrary) (consulta: 18 de marzo de 2025)

5.– Para una revisión de la vasta literatura crítica sobre el eurocomunismo, véase la reciente contribución de Victor Strazzeri, «Forging socialism through democracy: a critical review survey of literature on Eurocommunism», *Twentieth Century Communism*, 17 (2019), pp. 26-66.

6.– «Il dibattito sulla relazione di Berlinguer», *l'Unità*, 14 de enero de 1982.

7.– PCUS, «Lettera al Comitato Centrale del PCI», 5 de enero de 1982, Estero, Archivi della Fondazione Gramsci (AFG), Archivi Pci (APCI). Agradezco a la Fondazione Istituto Gramsci, y en particular a Giovanna Bosman, Francesco Giasi y Cristiana Pipitone, su gran ayuda y amabilidad al acompañar mi investigación.

8.– «L'articolo del Kommunist» («Una via scivolosa»), *Rinascita*, 5 (5 de febrero de 1982), p. 15. La respuesta soviética iba dirigida no sólo al informe de Berlinguer al Comité Central, sino también a un editorial de *l'Unità* que salió al día siguiente de la proclamación del estado de sitio: «La riflessione deve andare fino in fondo», *l'Unità*, 15 de diciembre de 1981, p. 1.

partido búlgaro, con vistas a la Conferencia de Sofía— el tema polaco siguió siendo uno de los primeros y principales objetos de confrontación, aunque en las conversaciones surge una atenuación de las tensiones. También se vislumbra, por parte del PCI, un intento no sencillo, pero nunca interrumpido, de encontrar un equilibrio entre la necesidad de obstaculizar un retorno a formas de coordinación internacional hegemónizadas por Moscú, sin por ello llegar a una ruptura formal con el PCUS y los demás partidos de Europa del Este^[9].

Las discusiones con el PCE, y las relaciones que le conciernen, se refieren esencialmente a su crisis política, ya crónica y a punto de encontrarse con el desastroso resultado de las elecciones de otoño, que cerrarán la Transición con el triunfo de los socialistas de González y la dimisión de Carrillo. Adriano Guerra está en Madrid inmediatamente después de las elecciones andaluzas, para la conferencia de la FIM sobre Dimitrov; en su nota enviada a la secretaría del PCI describió las impresiones que le causaron sus conversaciones con Carrillo y Azcárate. El juicio de sus interlocutores sobre las razones de la derrota andaluza fue «claramente insuficiente». Guerra se mostraba escéptico ante la teoría de que los votos socialistas eran «prácticamente nuestros», un fenómeno coyuntural debido al miedo, a la crisis, por no hablar del abstencionismo de los prosoviéticos. Atento a subrayar los «excesos del eurocomunismo» de Azcárate y otros, observaba:

«Lo que me llamó la atención fue el profundo desentendimiento del problema que

9.– Cabe señalar que, una semana antes de la Conferencia de Sofía, tuvo lugar otro intercambio de cartas sobre el movimiento pacifista, en el que se puede leer un intento del PCUS de recuperar un modus vivendi con el PCI, que reafirmó sus posiciones. Véase PCUS, «Cartas PCI-PCUS», 10 de junio de 1982, Estero, AFG, APCI.

representa lo que piensa el partido, su base. Un desentendimiento que también es evidente si se observa la relación entre la actual dirección y el grupo de «renovadores» expulsados del partido o de los órganos de gobierno. Cuando uno se enfrenta a este problema con Carrillo y con Azcárate (pero en mayor medida, a decir verdad, con el primero) entra de golpe en un terreno de irracionalesidad. [...] Me parece, sin embargo, que hay dos factores distintos en el origen de la crisis: la cuestión vasca (que es también una actitud frente al terrorismo) y el drama de un partido que, por decirlo brevemente, se ha hecho eurocomunista sin haber sido nunca —por razones obvias— un «partido de nuevo tipo», sin haber tenido un Togliatti^[10]».

Los encuentros con el PCP, uno en Roma en enero y otro en Lisboa en abril, dieron lugar a una amplia confrontación sobre los temas del internacionalismo y las relaciones entre partidos, la concepción del socialismo y la propia crisis polaca^[11]. En la segunda ocasión, se enfrentaron principalmente Alvaro Cunhal y Paolo Bufalini. Cunhal puso los temas sobre la mesa: proceso revolucionario mundial, países socialistas, relaciones entre partidos comunistas bajo el epígrafe «existencia o inexistencia del movimiento comunista internacional». Bufalini respondió: «Nuestro internacionalismo no es formal ni retórico, sino efectivo», y menciona la paz, El Salvador, Sudá-

10.- Adriano Guerra, «Relazione» (Informe), 16 de junio de 1982, Esterio, Spagna, AFG, APCI.

11.- Acerca de la posición del PCP sobre la crisis polaca, véanse dos artículos publicados en la revista del partido. El primero, de enero de 1981, es más analítico; el segundo, tras la proclamación del estado de sitio, es más defensivo, pero ambos están sustancialmente orientados a situar en primer plano la denuncia de la campaña imperialista: «Algumas questões sobre a situação na Polónia e as manobras subversivas da reacção e do imperialismo», *O Militante*, 67 (1981), pp. 11-17; «Ainda sobre a Polónia», *O Militante*, 79 (1981), pp. 7-10.

frica. Tras nuevos intercambios de golpes sobre la conferencia mundial de partidos y las reuniones eurocomunistas, leídas siempre polémicamente desde una perspectiva nacional por Cunhal, surgieron intentos por parte de ambos de asumir una actitud, al menos formalmente, dispuesta a reconocer algunas de las razones de los demás. Bufalini hizo una interpretación en parte tranquilizadora de las últimas posiciones del PCI: «Es bueno aclarar el significado del agotamiento del empuje propulsor». Después de recordar los errores sistemáticos que siguieron al XX Congreso del PCUS, y las consiguientes críticas del PCI, explicó:

«No negamos los aspectos positivos. No metemos todo en el mismo saco. No decimos que esos países no tengan posibilidades de desarrollo: al contrario, lo exigimos, incluso con nuestras propias críticas. Decimos que, «entre nosotros», el impulso propulsor ya no procede de esos modelos. Tenemos que recorrer otros caminos, superar el desajuste histórico que se produjo en los años veinte con la victoria de la Revolución de Octubre y la derrota del movimiento obrero de Europa occidental (*cita a Lenin*)^[12]».

Cunhal partió, sin duda, de otro punto de vista, pero le importaba desmentir la imagen de un prosovietismo acrítico:

«Países socialistas: sus experiencias son importantes. Buenas y malas, pero si nosotros hubiéramos conseguido ya esos resultados, tendríamos una situación mucho mejor. [...] Cuando digo que no hay que copiar, quiero decir también lo siguiente: ha habido crisis graves en esos países, ningún partido comunista puede seguir su camino, porque traería crisis en otros lugares. Es

12.- «Riunione PCI-PCP», 21-22 de abril de 1982, Esterio, Portogallo, AFG, APCI.

necesario examinar las causas profundas de esas crisis, no hay que cerrar los ojos ante ellas. Otra cosa es el análisis específico de cada situación y cómo salir de ella»^[13].

Sobre Polonia interpretaba: el PCP no apoya, pero «mira con comprensión»; aunque tenemos muchas preocupaciones, «no daremos a conocer todo lo que pensamos; debemos sobre todo luchar contra la campaña antipolaca y anticomunista en Portugal». Por último, no pudo resistirse a la costumbre de los eurocomunistas italianos de citar a Lenin:

«Me gustaría decir algo sobre Lenin: él pensaba que los países coloniales no podrían obtener la independencia si los países colonialistas de Europa no llevaban a cabo antes la revolución socialista. La realidad fue muy diferente. La historia tiene más imaginación que las teorías, incluso que aquellas científicas como la de Lenin»^[14].

En Sofía: la conferencia teórica internacional

Borís Nikoláievich Ponomariov, miembro adjunto del Politburó y secretario del CC del PCUS, así como galardonado con el premio internacional Dimitrov, abrió los debates y durante 50 minutos no escatimó golpes contra los italianos y los españoles, condensando toda la trayectoria de Dimitrov en sus posiciones de 1948. Pero antes, como testigo que «trabajó junto a Dimitrov durante diez años», enmarcó sus características de héroe del movimiento obrero: luchador incansable, encanto irresistible, era el «modelo del verdadero comunista». La interpretación del canon heroico introdujo la actualización del teórico:

«Es un ejemplo de firmeza ideológica comunista, de penetración profunda de la esencia del leninismo, de conocimiento de la dialéctica marxista. ¿En qué consiste la vitalidad del legado ideológico de Dimitrov? Fue uno de los primeros en dar la voz de alarma sobre la amenaza de la Segunda Guerra Mundial y en indicar que las fuerzas de la paz podrían aumentar sus posibilidades «a condición de que comprendan la necesidad de unir sus fuerzas a las de este nuevo y poderoso factor de paz que es el Estado socialista soviético»^[15].

En la culminación de un crescendo de afirmaciones doctrinarias que alternaban citas de Dimitrov y Lenin para reiterar constantemente que la defensa de la URSS era el «sagrado deber internacionalista de todo comunista», ofreció al público, para estigmatizar a los críticos y disidentes, una referencia poética clásica: «Sin embargo, hay quienes han llegado a negar los logros del movimiento comunista, a oscurecer el socialismo real. ¿No nos recuerdan uno de los versos de la Canción del Halcón de Gorki: quien ha nacido para arrastrarse no puede volar?»^[16]. Los ataques explícitos a los eurocomunistas convergieron en la cuestión de la teoría, criticando aquellos partidos hermanos que renegaban del leninismo, un acto inconcebible desde un punto de vista ontológico antes que político:

«Sólo el marxismo-leninismo permite discernir, en el caos aparente de los acontecimientos, en la infinita variedad de la realidad, lo general, lo internacional, lo fundamental. Porque la teoría marxista-leninista es ella misma la síntesis de la experiencia internacional. De este modo, la unión de

13.- *Ibidem*.

14.- *Ibidem*.

15.- *L'œuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*, pp. 36-37.

16.- *Ibidem*, p. 47.



Conferencia teórica en Sofía (Biblioteca Nacional de Portugal).

los esfuerzos de los partidos hermanos será siempre una tarea de actualidad para generalizar la experiencia revolucionaria, para desarrollar la teoría del comunismo científico. El marxismo-leninismo no ha envejecido ni puede envejecer. Los comunistas lo necesitan «como el pan, el aire y el agua», dijo Dimitrov en su día»^[17].

De lo que derivaba, en el plano de la práctica, la necesidad de una «coordinación voluntaria y lo más activa posible» entre los partidos comunistas. Citando a Brézhnev en la conferencia de 1969, la independencia política de cada uno no estaba en discusión, razón de más para reafirmar los principios de solidaridad internacionalista, para de-

nunciar un peligro real y presente:

«Oponer la política propia a la de los partidos hermanos equivale, sobre todo en la situación actual, o bien a condenarse al aislamiento en la escena internacional, o bien a someterse, voluntaria o involuntariamente, a otra fuerza internacional opuesta al socialismo^[18]».

18.- *Ibidem*, p. 55. Si el segundo resultado enunciado por Ponomariov podía resultar provocador, el primero suscitaba inquietudes generalizadas incluso en la base de los partidos eurocomunistas. Véase, por ejemplo, el debate entre Berlinguer y los trabajadores de Alfa Sud en enero de 1980, pocas semanas después de la invasión soviética de Afganistán: *Incontro tra Enrico Berlinguer e gli operai dell'Alfa Sud*, 14 de enero de 1980, Archivio Audiovisivo del Movimento Operaio e Democratico (AAMOD), <https://youtu.be/htCh6bF4pl8?t=450> (consulta: 18 de marzo de 2025).

17.- *Ibidem*, p. 54.

Volviendo a los tres partidos, la propia identidad de los jefes de delegación dice mucho. Cunhal fue el único secretario general entre los partidos occidentales más relevantes; Zangheri, miembro del secretariado de Berlinguer y alcalde de Bolonia, era también historiador y como tal propuso sus reflexiones; Romero Marín, «El Tanque», era una figura heroica de la lucha antifranquista. En los discursos de los representantes del PCE y del PCI, era fácil leer formas de apropiación/identificación con el Dimitrov de los años 34-36 y 45-46, pero el enfoque fue completamente diferente.

Romero Marín, que informaba a la audiencia sobre la conferencia de Madrid sin citar su contenido, retomó fielmente los temas de la semblanza de Dimitrov publicada por Dolores Ibárruri, orientada a afirmar una línea de continuidad histórica, y por tanto de legitimidad política, entre el VII Congreso y la estrategia del PCE:

«Rompía con energía con el dogma estrecho de nuestro movimiento y abría a los partidos comunistas una perspectiva de actividad unitaria revolucionaria que facilitaría su transformación en fuerzas políticas de implantación nacional. (...) Su consejo permanente era ampliar la alianza antifascista, incluyendo a las fuerzas progresistas de la burguesía, a todos los sectores democráticos de España. Y esto en polémica con tendencias sectarias —aún vivas en la dirección de la I.C.— que veían en la situación española una antesala del socialismo. Dimitrov sostenía, con razón, que en España se gestaba una revolución democrática antifascista y que en el caso de que el pueblo alcanzara la victoria, España sería un Estado específico con verdadero apoyo popular. O sea, algo nuevo que se abría paso y que no podía encorsetarse en viejos moldes^[19]».

19.- Dolores Ibárruri, «Dimitrov, un revolucionario del

Romero Marín alimentó el discurso del heroísmo a través del testimonio de decenas de miles de comunistas españoles directamente inspirados por Dimitrov^[20], abordó el VII Congreso para vincularlo al caso español y concluyó con un intento de actualizar el pensamiento de Dimitrov, identificando en la amenaza nuclear y el peligro de una Tercera Guerra Mundial una razón válida para conversar con los socialistas:

«En nuestra opinión, uno de los méritos máspreciados del pueblo español a los ojos de la humanidad progresista es la lucha antifascista bajo la dirección del Frente Popular. En este contexto, debemos recordar una cosa muy importante: la alianza política de las fuerzas del Frente Popular fue posible gracias a la unidad de acción, la cooperación y el entendimiento entre comunistas y socialistas. Las condiciones históricas de hoy son diferentes de las de 1936-39; el mundo de hoy también es diferente. Pero a pesar de ello, la unidad entre comunistas y socialistas, como base de un frente amplio, es hoy, en nuestra opinión, una condición indispensable para defender la democracia y realizar las transformaciones socialistas^[21]».

Zangheri comenzó excluyendo a priori cualquier actualización del VII Congreso, pero daba a entender que enfrentarse a la historia, al fin y al cabo, nunca estaba de más. En un discurso en el que Togliatti recuperó un papel central junto a Dimitrov, el concepto fundamental parecía ser el de dis-

siglo XX», *Mundo Obrero*, 183 (2-8 de julio de 1982), pp. 16-17.

20.- El heroísmo de Dimitrov como fuente de inspiración directa de la movilización antifascista en España es un tema recurrente, como puede verse en el acto conmemorativo de Irene Falcón diez años antes: Irene Falcón, «90º aniversario de Dimitrov», *Mundo Obrero*, 13 (8 de julio de 1972, año XLII), p. 7.

21.- *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*, p. 396.

continuidad: entre el VII Congreso y el VI, entre 1935 y 1982, entre la lucha por la paz frente al nazismo y la destinada a conjurar el apocalipsis nuclear. Discontinuidad e innovación, pero también ambigüedad del VII Congreso: el equilibrio inestable entre táctica y estrategia, ciertamente dependiente de la necesidad de no cuestionar abiertamente el dogma de infalibilidad de Stalin, reflejaba también aporías, empezando por la ausencia de una búsqueda de «puntos de convergencia nuevos y duraderos con la Internacional Socialista y los partidos socialistas»^[22].

En el discurso de Zangheri, a pesar del enfoque historiográfico, emergieron implícitamente valoraciones políticas actuales: si el legado más importante del VII Congreso fue la afirmación de una lucha por la paz como prioridad absoluta y objetivo concreto, y no como instrumento de propaganda, era necesario aclarar un aspecto:

«La decisión anunciada en el VII Congreso de vincular la política de paz a la defensa de la URSS, que algunos quisieron presentar y condensar como una manifestación de «estalinismo», surgió de una situación mundial en la que la URSS estaba rodeada y amenazada por el fascismo^[23]».

Zangheri señaló, entre las muchas diferencias que distinguían el contexto de los años treinta del de principios de los ochenta, «el cambio de las relaciones de poder en el mundo y la existencia de movimientos pacifistas de dimensiones y calidad completamente diferentes». Se podía deducir, por tanto, sin salirse de los cánones de la necesidad histórica, que la lucha por la paz y el desarme no coinciden con la defensa de la URSS^[24].

22.- *Ibidem*, p. 399.

23.- *Ibidem*, p. 403.

24.- Cabe señalar que en los discursos de Ponomariov y

En Lisboa no se celebró ninguna conferencia, sólo una conmemoración promovida por la asociación Portugal-Bulgaria en presencia del embajador búlgaro. En Sofía, Cunhal situó la línea política del PCP al abrigo de la ortodoxia. La lucha por la paz, «hoy como en los años 30», coincidía con la defensa de la URSS:

«Es cierto que todas las armas nucleares son igualmente letales. Pero las armas nucleares en manos del imperialismo pueden utilizarse para hacer la guerra, mientras que las armas nucleares en manos de la URSS y de otros países socialistas no se utilizan para hacer la guerra, sino para garantizar la paz^[25]».

El frente único de la clase obrera se conseguiría en Portugal convenciendo a los (pocos) trabajadores de los sindicatos reformistas de que se liberaran de sus jefes sometidos a la patronal:

«Nuestra tarea (como señalaba Dimitrov) es persuadir a los trabajadores socialistas de la justicia de nuestra política y de la necesidad de la unidad, y de no permitir que se introduzca la ideología socialdemócrata en nuestro partido. Los dirigentes del PS que colaboran abiertamente con los peores reaccionarios rechazan cualquier contacto con nuestro partido. Pero miles de socialistas participan junto a nosotros en el poderoso movimiento popular en defensa del régimen democrático^[26]».

Por otro lado, la interpretación portuguesa de la línea del VII Congreso, de la

Zivkov, el movimiento pacifista es calificado constantemente de «movimiento antimilitarista»: la paz no puede ni debe significar equidistancia entre EEUU y la URSS.

25.- Alvaro Cunhal, «Comemorando o centenario de Dimitrov», *O Militante*, 85 (1982), p. 15.

26.- *Ibidem*, p. 16.

relación entre el frente único y el frente popular, y en particular de la cuestión de la unidad con los socialistas, siempre había sido diferente de la que prevalecía en Italia y España^[27]. Otra conocida cita dimitroviana del VII Congreso, la que afirmaba la necesidad de evitar la «emulación acrítica» y la «aplicación mecánica» de la línea del frente popular en los diferentes países, fue utilizada tanto por Romero Marín para defender la legitimidad del eurocomunismo, o más bien de la política del PCE, como por Cunhal para contrarrestar las acusaciones de sectarismo lanzadas contra el PCP. En 1982, la máxima prioridad era derrocar al gobierno de derechas, también y sobre todo para impedir la revisión constitucional acordada con los socialistas de Soares, con la que pretendían arrebatar el control de las fuerzas armadas al Consejo de la Revolución y confiárselo al gobierno.

Volviendo al terreno de las celebraciones, las observaciones finales de Cunhal resultaban pertinentes. En el homenaje final al héroe Dimitrov, de hecho, surgieron temas que pronto caracterizarían a *O Partido com Paredes de Vidro*^[28]:

27.- *O PCP e o VII Congresso da Internacional Comunista*, Lisboa, Edições Avante!, 1985. Este volumen, de la serie «Documentos políticos para a historia do PCP», contiene el discurso de Bento Gonçalves en el VII Congreso, un texto de Alvaro Cunhal de 1965 y otro de Sergio Vilarigues de 1985. Entre 1975 y 1976, por ejemplo, es interesante observar cómo se ilustra el concepto de «socialfascismo» en la sección «Preguntas y respuestas» de la revista del partido: a una respuesta inicial apresurada que hace referencia a la traición de la socialdemocracia alemana, sin ninguna mención al punto de inflexión del VII Congreso, le sigue una brusca corrección inspirada en la carta de un militante que cita a Suslov y otras fuentes soviéticas sobre el sectarismo comunista y sus consecuencias. Véase: «Porque é que certas formações políticas esquerdistas caluniam o Partido chamando-lhe de 'Social-Fascista'? », *O Militante*, 12 (1975), pp. 21-22; «Ainda sobre o 'Social-Fascismo'», *O Militante*, 4 (1976), pp. 16-17.

28.- Alvaro Cunhal, *O Partido com Paredes de Vidro*, Edições Avante!, Lisboa, 1985, pp. 132-136.

«No debemos olvidar, sin embargo, que la grandeza de los revolucionarios no es fruto únicamente de sus cualidades individuales, sino del hecho de que han sabido aprender de la experiencia de la clase obrera y de las masas [...]. El valor individual de los grandes revolucionarios comunistas es parte integrante del valor colectivo de la clase obrera y de las masas, que son las fuerzas motrices de la historia^[29].

El héroe en la cultura de masas: comparación de dos productos culturales

Es precisamente esta concepción del héroe, articulada alrededor de la relación entre el individuo y las masas, la que nos ofrece otras claves de lectura para el análisis de los dos productos culturales de Bardem y Ruy.

Un preámbulo rápido sobre los productos: la película fue una coproducción Bulgaria-URSS-RDA-Hungría, en la que Bardem también fue coguionista, pero era el único español^[30]. El cómic de Ruy lo publicó la Editorial Caminho y lo promovió la asociación Portugal-Bulgaria^[31]. Por último, la

29.- A. Cunhal, «Comemorando o centenario de Dimitrov», p. 16.

30.- Las memorias de Bardem demuestran que el control político de la obra estaba en manos de las instituciones de historia vinculadas a los partidos de los países productores. Véase Juan Antonio Bardem, *Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine*, Barcelona, Ediciones B, 2002, pp. 220-228, cit. en András Lénárt, «Apuntes sobre las relaciones cinematográficas húngaro-españolas y el cine de Ladislao Vajda», en Zsuzsanna Csikós (ed.), *Encrucijadas: estudios sobre la historia de las relaciones húngaro-españolas*, Huelva, Universidad de Huelva 2013, pp. 167-185.

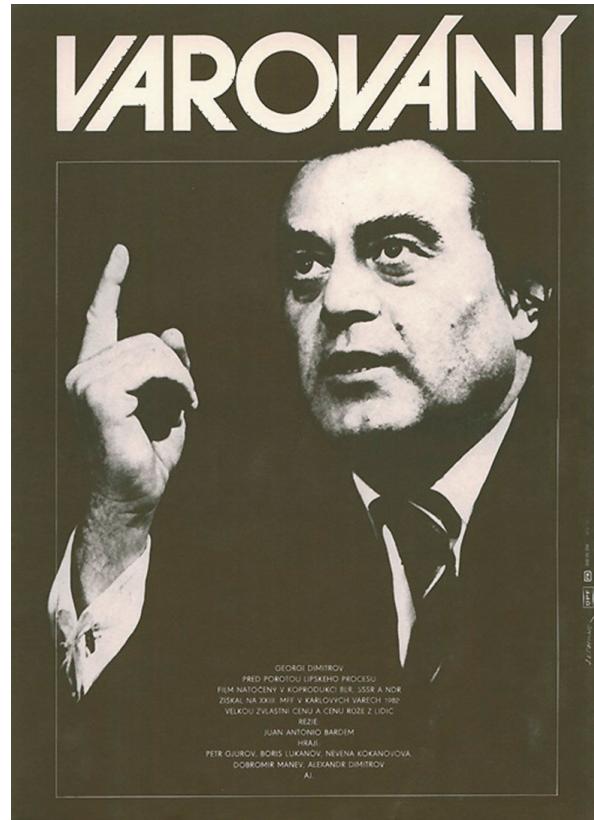
31.- José Ruy, *Jorge Dimitrov. Héroe internacionalista*, Lisboa, Caminho, 1985. José Ruy (1930-2022) pasó por toda la historia del cómic portugués del siglo XX, y siguió trabajando hasta su muerte. Aquí una entrevista con la RTP en 2003, rodada en su estudio: <https://arquivos.rtp.pt/conteudos/jose-ruy/> (consulta: 18 de marzo de 2025). Autor de numerosos cómics de tema histórico (*Os Lusiadas, Humberto Delgado - O General Sem Medo, História da Amadora*, entre

película se centraba en el juicio de Leipzig y el periodo inmediatamente anterior; el cómic reconstruyó toda la trayectoria humana y política de Dimitrov.

Si se puede suponer que el papel de los búlgaros, y en el caso de la película también de los demás productores, en la decisión de los pilares de la narración y de su significado político fue central, el análisis de los dos textos revela claramente diferencias; que estas dependan de la sensibilidad de los autores, de la cultura política del partido, o de una evaluación de los dos contextos político-culturales para adaptarse al público objetivo, es una cuestión abierta.

Me centraré en dos temas en particular: el primero es la línea del VII Congreso, que en la película se mostraba sobre todo en las conversaciones de Dimitrov con Thalmann en 1932, y después con Otto Bauer, mientras que en el cómic se exemplificó en una viñeta que hace referencia a la República española, y que contiene una conocida cita dimitroviana de la reunión de la IC del 18 de septiembre de 1936. El Dimitrov de Bardem insistía mucho en dos puntos: el fren-

otras), estaba muy vinculado a Amadora, donde se celebra desde 1990 un importante festival del sector, Amadora BD. Su *Dimitrov* gustó tanto a los búlgaros que en 1989 recibió una propuesta de la asociación de amistad Portugal-Bulgaria para elaborar una historia de Bulgaria en cómic, que se publicaría en varios idiomas también para fomentar el turismo, que, sin embargo, no se editó nunca: «Por los documentos que había recopilado, Bulgaria era en aquella época el único país con un comunismo puro y sano. Su parlamento tenía mayoría de mujeres, las artes eran apreciadas al 100 % y la educación estaba al más alto nivel. Su tecnología era puntera y gran parte del material utilizado en los satélites de la Unión Soviética era de origen búlgaro. [...] Recorrió el país de punta a punta durante unas semanas. Como es mi costumbre, había creado un guion de ficción en el que, a través del entramado de los personajes, el lector iba conociendo los hechos históricos, el ambiente y el modo de vida del país». Edgard Guimarães, «José Ruy», *Mestres das Histórias em Quadrinhos*, 6, Q1 181 (2023), pp. 38-39, https://marcadafantasia.com/relicario/relicario2021-2025/relicario2023/jose_ruy-resenha_hm/mhq6-jose_ruy.pdf (consulta: 18 de marzo de 2025)



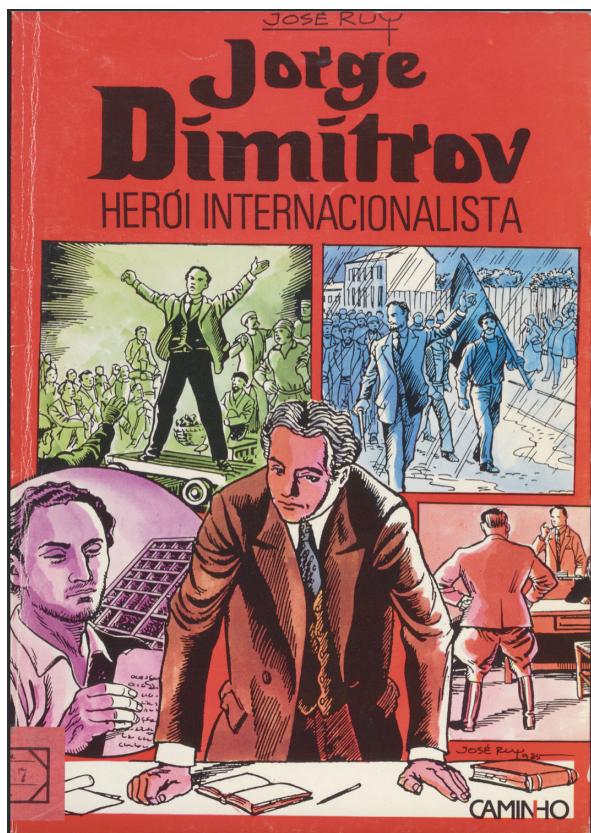
Die Mahnung (www.imdb.com).

te único debía construirse no sólo desde abajo, sino también relacionándose con los dirigentes socialdemócratas, aunque estos no quisieran ni dialogar ni luchar; los comunistas han cometido errores tanto tácticos como estratégicos, y es hora de parar: los nazis están a las puertas. En el Dimitrov de Ruy, a la caracterización de la república popular en España a través de la cita dimitroviana le faltó un detalle:

«Dimitrov subraya que allí nace un Estado en el que el Frente Popular tiene una influencia decisiva. Este Estado no será una repetición del régimen parlamentario democrático burgués, sino un Estado especial, verdaderamente democrático y popular^[32].

Romero Marín lo mencionó como «no un estado soviético», mientras que Aldo Agos-

32.- J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 27.



El *Heroi Internacionalista* de Ruy (Biblioteca Nacional de Portugal).

ti, en su artículo en *Rinascita* sobre las tres conferencias, escribía «todavía no un estado soviético». En el cómic, la duda se ha resuelto de raíz, y quizá no sea una cuestión de espacio, sino de elección.

El segundo tema se refiere a la primera esposa de Dimitrov, Ljubica Ivošević, que fue representada de forma diferente desde varios puntos de vista. Nacida en Serbia, proletaria, activista, poeta, refugiada en Bulgaria para huir de la represión, Ljuba apareció en la película en un encuentro moscovita con Dimitrov en 1932, en un diálogo conmovedor en el que su identidad de revolucionaria orgullosa^[33] emergía tanto

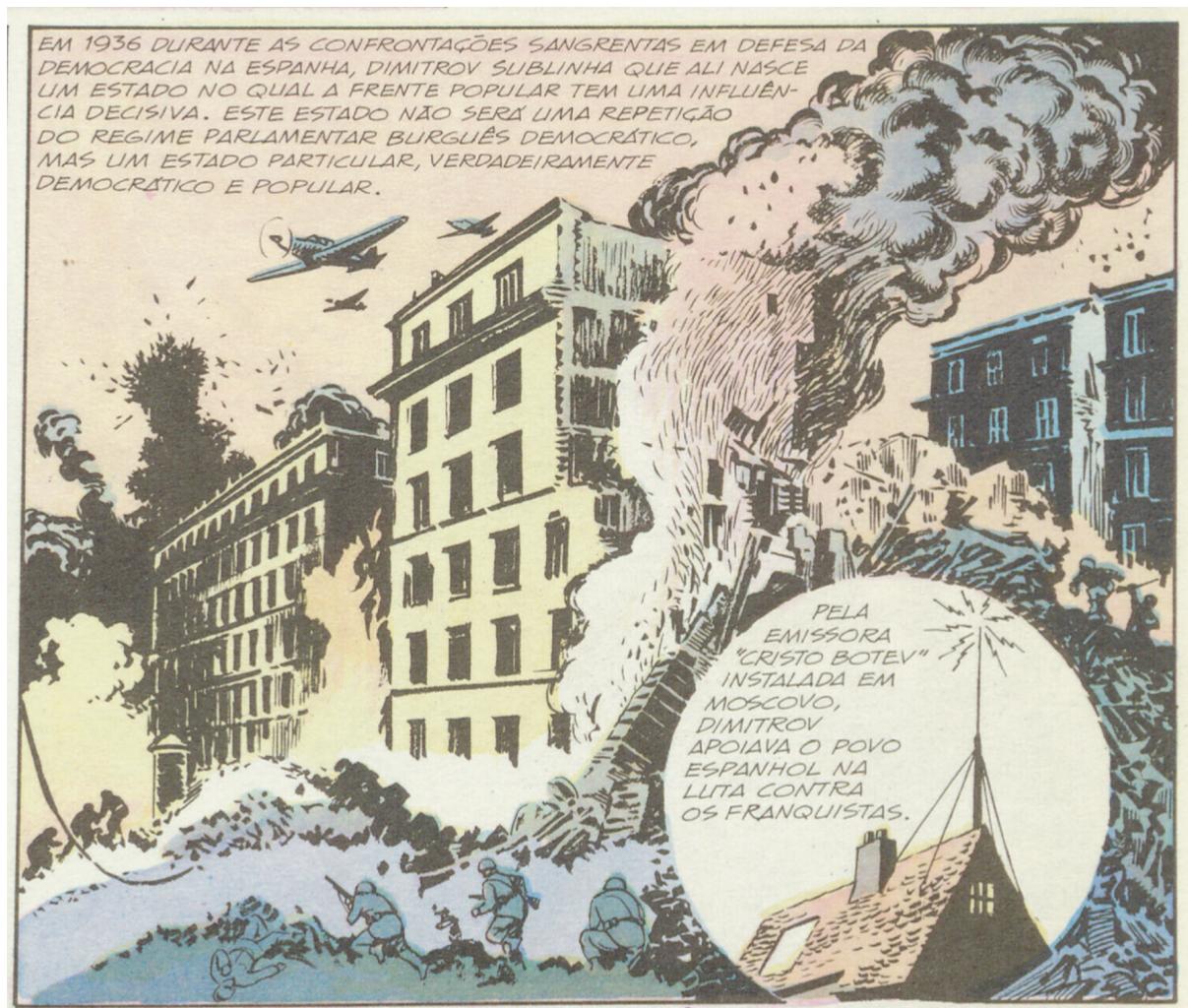
33.- Nota 34: «-Y ahora cuéntame, ¿cuándo te vas? -La semana que viene. -¿Y cómo pensáis organizar el congreso?». *La advertencia* (Juan Antonio Bardem, 1982), https://www.youtube.com/watch?v=g_9WNJ1h0ug&list=PL09YYP3BCxGS9Lbnq-xPESGbJChz2co_m&index=6&t=183s (consulta: 18 de marzo de 2025).

como su fragilidad de mujer desarraigada, insegura incluso en su añoranza, sola y demasiado traumatizada para dedicarse a su gran amor: no Dimitrov (también, por supuesto), sino la poesía. El propio Georgi, consciente siempre de su interminable sufrimiento, no sólo intentaba animarla lo mejor que podía, recitando incluso uno de sus poemas, sino que escribía, en la carta que sigue a la noticia de su muerte, de una mártir que no pudo realizar su gran sueño: no (sólo) la revolución, sino la publicación de sus versos; una especie de compensación simbólica se realizaba precisamente a través de la película^[34].

En el cómic la presencia de Ljuba era más difusa, pero al mismo tiempo estaba casi despojada de su individualidad, de sus aspiraciones: era una revolucionaria, por supuesto, dispuesta siempre a anteponer las razones de la militancia (la de su marido) a las de la pareja; escribía versos, que permanecen desconocidos para el lector; sufría, quién sabe de qué enfermedad (desde luego no de depresión); y un triste día muere, pero quién sabe cómo (desde luego no saltando desde la ventana de un hotel moscovita)^[35]. En resumen, una servidora de la revolución con mala salud; Georgi asumió el golpe, pero durante no más de una escena, que incluía el proceso de duelo traducido en un compromiso renovado en la batalla contra el fascismo. Otras imágenes aluden a un repertorio tradicionalista no exento de inspiración mística, como en la representación del discurso de la madre de Dimitrov en la manifestación de París, durante el juicio, en el que era difícil no ver una *mater dolorosa* que, por hacer una referencia ajena al contexto, recuerda a la Virgen María en *El Evangelio según San Mateo*

34.- *Ibidem*.

35.- Ivo Banac (ed.), *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, New Haven and London, Yale University Press, 2008, p. XLIII.



Um Estado particular (Biblioteca Nacional de Portugal).

de Pasolini^[36]; o la representación de una trinidad, en la que el padre -Stalin consolaba al hijo-Dimitrov, y el espíritu santo-Lenin los bendecía desde un cuadro colgado en la pared^[37].

Por otra parte, toda la narración lleva el sello de la hagiografía. Las primeras viñetas dedicadas a las penurias paternas, en particular la búsqueda de una casa más grande para un mayor número de hijos, que sólo se resuelve mediante la autoconstrucción, pueden verse como una metáfora de la autonomía de clase. Jorge entra en escena cuando su padre le informa de que va a

asistir a la escuela. Inmediatamente entusiasmado, primero cae enfermo, luego se ve obligado a dejar la escuela para buscar trabajo, y acaba en una imprenta. Estudia de noche, promueve una biblioteca obrera, protesta cuando se trata de imprimir palabras despectivas del primer ministro dirigidas a la clase obrera: un niño prodigo enamorado de la cultura, autodidacta, entregado a la organización de clase^[38].

38.- El mismo tipo de relato puede encontrarse en las notas biográficas de un volumen publicado en Praga en 1972 por la Editorial Paz e Socialismo, con motivo del 90.º aniversario del nacimiento de Dimitrov, y traducido al portugués después de la revolución: Gueorgui Dimitrov. «Páginas de una vida heroica», *Cadernos de iniciação ao marxismo-leninismo*, 15, Lisboa, Edições Avante, 1976, pp. 66-68.

36.- J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 23.

37.- *Ibidem*, p. 19.

La última fase de su vida culmina con su discurso en el V Congreso del Partido Comunista de Bulgaria (PCB) en 1948, donde cristaliza la doctrina: «Expongo las tareas fundamentales del desarrollo del país en la vía hacia el socialismo. Ilusto también los métodos de construcción del socialismo, no sólo en mi país sino también en otros, que después de la guerra dieron vida a una nueva sociedad...»^[39]. El resumen final enmarca al héroe en los cánones establecidos por Cunhal:

«El nombre de Jorge Dimitrov está rodeado de un halo inextinguible, no sólo en la conciencia de la clase obrera búlgara de la que surgió, que lo educó y formó, sino también en la del pueblo búlgaro a cuya heroica historia está indisolublemente unido para siempre»^[40].

Los eurocomunistas en las conferencias: Roma y Madrid

En las dos conferencias de Roma y Madrid no encontramos esta inspiración, sino una discusión predominantemente historiográfica^[41]. En *Rinascita*, Agosti hizo un reconocimiento global del ciclo conmemorativo dedicado a Dimitrov, prestando más atención a las conferencias promovidas por los «institutos de estudios vinculados de diversas maneras a los partidos búlgaro, es-

pañol e italiano» que al «solemne simposio político de Sofía»:

Aunque reflejaban diferencias radicales en la concepción de la relación entre historia y política, y profundas diferencias de método y mérito en la reflexión de los comunistas sobre su pasado, a las tres [...] asistieron casi exclusivamente historiadores y dirigentes políticos comunistas. Así pues, la reflexión sobre la experiencia de Georgi Dimitrov ha seguido siendo predominantemente un asunto interno de las corrientes políticas que, en ciertos aspectos profundamente diferentes, son sus herederas, y en cuya memoria colectiva él sigue ocupando indiscutiblemente un lugar destacado^[42].

Agosti identificaba tres fases principales en la trayectoria de Dimitrov: la primera correspondía a la formación y consolidación de su estatura como dirigente obrero, sindical y político de uno de los pocos partidos comunistas con base de masas. En la segunda fase, durante la lucha contra el fascismo, hubo un primer período de su experiencia como dirigente internacional, hasta Leipzig, en el que ciertamente dejó su impronta en el clima del socialfascismo, pero con algunos indicios de autonomía de análisis. En el segundo período, a partir de Leipzig, se produjo su ascenso a símbolo mundial del antifascismo, mucho más allá de los confines del movimiento comunista, y la traducción de este capital simbólico en iniciativa política, asumiendo incluso el riesgo objetivo de desafiar a Stalin:

Leipzig es el punto de inflexión fundamental de su carrera y de su vida, porque Dimitrov —y en esto se mide su estatura de dirigente— no se contenta con un papel decorativo, simbólico, sino que advierte antes y más que los demás que, como escribe a Stalin en abril de 1934, «lo que se me en-

39.- J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 30.

40.- *Ibidem*, p. 32.

41.- No existen las actas de la conferencia de Roma, aunque es posible reconstruir parcialmente su contenido a través de fuentes secundarias y de las ponencias madrileñas de Adriano Guerra y Aldo Agosti, presentes en ambos casos, así como de los escritos de Franco de Felice, ponente de la intervención final de conclusiones: Franco De Felice, *Fascismo, Democrazia, Fronte Popolare. Il movimento comunista alla svolta del VII congresso dell'Internazionale*, Bari, De Donato, 1973; Franco De Felice, «I fronti popolari: perché ieri e non oggi», *Rinascita*, 24 (1976), pp. 21-22.

42.- Aldo Agosti, «La sfida incompiuta di Dimitrov», *Rinascita*, 27 (16 de julio de 1982), p. 25.

comendó hacer en Leipzig es para la IC un capital político, que debe ser utilizado en todos sus aspectos, de manera plenamente racional y oportuna»^[43].

La tercera y última fase comenzó con su regreso a Bulgaria, las ideas de 1945-46, como teórico de la democracia popular que desarrollaba la línea de los frentes populares en un sentido, si no democrático, al menos autónomo con respecto a Moscú y orientado hacia un «pluralismo controlado»; luego la ruinosa derrota política que le ve humillarse en una autocrítica y adherirse a una concepción, la expresada en el V Congreso del PCB en 1948, que devuelve las democracias populares al ámbito de la dictadura del proletariado y de la primacía del modelo soviético:

Después de su muerte, la entrada en el Panteón del movimiento comunista, el culto en formas casi exageradas de su memoria, la momificación no sólo del cuerpo (expuesto en un mausoleo)^[44] sino del pensamiento. [...] Pero este realineamiento con la ortodoxia más estricta —que fue prácticamente su último acto político significativo— no borra la imagen de Dimitrov como comunista «crítico» que nos ha legado. Crítico no en el sentido de «hereje», por supuesto; crítico en la medida en que es capaz de pensar y hacer política de forma original, al margen de los esquemas y fórmulas codificados, y como tal capaz de enseñarnos algo hoy^[45].

Por otra parte, Agosti señalaba que, si bien su interpretación de la línea de la Internacional y su concepción del Estado contenían una fuerte innovación, su visión del partido, por el contrario, a diferencia del «nuevo partido» de Togliatti, permane-

43.- *Ibidem*.

44.- Maria Todorova, «The Mausoleum of Georgi Dimitrov as lieu de mémoire», *The Journal of Modern History*, 78 (2006), pp. 377-411.

45.- A. Agosti, «La sfida incompiuta di Dimitrov», p. 26.

cía atada a esquemas clásicos e inmutables.

La conferencia de la FIM fue inaugurada por José Sandoval y clausurada por Santiago Carrillo; participaron también en ella Lily Marcou, Antonio Elorza, Pere Vilanova, el omnipresente Dimitar Sirkov, Santiago Álvarez y otros^[46]. En su introducción a los trabajos, Sandoval esbozó los objetivos del congreso: por un lado, la investigación teórica, la necesidad de continuar la reflexión sobre el VII Congreso y las democracias populares, sobre el potencial de «una vía original de transición al socialismo y un nuevo modelo, distinto del soviético, de organización política de la sociedad socialista, un modelo parlamentario y pluralista»; por otro, un impulso ético:

Por lo demás, abrigamos la convicción de que es un deber intelectual y moral recordar a la gente de estos finales de siglo las vicisitudes vividas por aquella otra generación de los 30 y los 40 («la generación de las luchas decisivas», al decir de Manuilski) en la tremenda batalla para cerrar el paso al fascismo y abrir los caminos a la libertad. Este deber es tanto más imperativo cuando reparamos hoy en la abrumadora, prolongada y tenaz operación encaminada a destruir la memoria histórica de los pueblos, tergiversar la historia y borrar de sus páginas a los que apostaron hasta su propia vida por la libertad y la democracia^[47].

Muchos coincidieron en identificar la experiencia española no sólo como el campo de aplicación más importante de la línea del VII Congreso, sino su verdadera fuente de inspiración, empezando por el Pacto de Málaga de 1933 y sobre todo la insurrección asturiana de 1934, a través de la «dialéctica viva de la lucha». La apropiación

46.- *El pensamiento político de Dimitrov*, Madrid, Fundación Investigaciones Marxistas, Cuadernos monográficos, 1982.

47.- *Ibidem*, pp. II-III.

ción española de Dimitrov, e incluso su heroicidad alternativa en clave antiestalinista, solo fue abiertamente contestada por Elorza, que lo contrapuso al Togliatti de la democracia progresiva y atacó las oscilaciones contradictorias de la línea del PCE a partir de los años cincuenta^[48]. Santiago Álvarez, como Romero Marín en Sofía, definió la experiencia del Frente Popular como la mayor aportación española a la civilización mundial desde el descubrimiento de América, pero planteaba un problema político y cultural de no poca importancia: la influencia del franquismo. Según él, el Frente Popular, tras décadas de martilleo ideológico, era ahora sinónimo de desastres y violencia, suscitando desconfianza cuando no repulsión, incluso entre los trabajadores y los votantes de izquierdas; se preguntaba, por tanto, «si no será el caso de restablecer la verdad histórica»^[49].

En su intervención, a diferencia de la de Sandoval, también emergió, en forma de exhortación final, una mirada a la actualidad y una esperanza en el futuro, que tampoco evitó una nueva referencia a la demonización de la que se sentían víctimas los comunistas españoles:

«Actualmente las circunstancias históricas son distintas de las de 1936-1939 y el mundo es otro. Pero cabe preguntarse si la unidad de comunistas y socialistas, como base de un frente más amplio, que hoy puede abarcar a importantes sectores cristianos y a otros grupos progresistas, no es una necesidad tanto a nivel nacional como a nivel internacional. [...] Por ello permitidme que exprese la esperanza de que en una España bastante distinta, y en un mundo diferente al de la década de los 30, con fórmulas unitarias nuevas, que respondan a las nuevas

48.- *Ibidem*, pp. 131-137.

49.- *Ibidem*, p. 11.

realidades, las experiencias del Frente Popular, quizá, puedan inspirar no la idea de una nueva lucha armada, que no deseamos ni queremos y que antaño hicimos porque nos fue impuesta, sino realizaciones pacíficas y constructivas substanciales de una democracia político-social que en su desarrollo desemboque en el socialismo en libertad^[50]».

Carrillo, tras un preámbulo sobre el héroe que inspiró a toda su generación, no reivindicó a un Dimitrov eurocomunista, pero sí lo utilizó para afirmar la profundidad histórica y, en consecuencia, la legitimidad política de su línea:

«Tengo que decir que no trato de apropiarme de Dimitrov para el eurocomunismo, pero, al fin y al cabo, el eurocomunismo es una realización que ha surgido dentro de los partidos comunistas, dentro del movimiento comunista; sus raíces, por lo menos en algunos aspectos, pueden llegar muy lejos y, desde luego, no están cortadas de todos los movimientos de renovación que se han producido dentro del comunismo^[51]».

Expuso su visión de un Dimitrov en constante innovación, también en virtud de su experiencia concreta como líder antifascista, frente a la que podría considerarse como una «cultura política comu-

50.- *Ibidem*, pp. 25-26.

51.- *Ibidem*, p. 187. A este respecto Azcárate, en un artículo publicado en *Nuestra Bandera* unos meses antes de su expulsión, va más atrás y más adelante que Carrillo en la búsqueda de las raíces eurocomunistas: atrás, hasta Rosa Luxemburgo, citada por su crítica a la supresión de la democracia en Rusia y especialmente a la universalización del modelo soviético; en adelante, hasta 1968, la Primavera de Praga y los movimientos de protesta obreros y estudiantiles en Occidente. Véase Manuel Azcárate, «Raíces históricas del eurocomunismo», *Nuestra Bandera*, 106 (1981), pp. 8-9.

nista tradicional» de la época. Una cultura política que, si bien estaba profundamente arraigada en aquel momento histórico, aún persistía: «La vivencia de una cultura política fundamental es enorme y a veces dura muchísimo tiempo, incluso cuando parece que ha sido superada»^[52]. Concluyó con la clásica cita de Dimitrov, que se preguntaba en la cárcel: «Si nuestra doctrina es correcta, ¿por qué en los momentos decisivos las masas no nos siguen, por qué siguen a la socialdemocracia o, como en el caso de Alemania, al nacionalsocialismo?»^[53]. La respuesta de Dimitrov, «un enfoque incorrecto hacia los obreros europeos», apuntaba a un problema que se podía constatar en la realidad actual:

Así pues, creo que esas cuestiones son siempre válidas. Que ese enfoque incorrecto hacia los obreros europeos puede estar todavía, en una medida mayor o menor, en nuestros partidos y que desde luego está, a mi juicio, en el movimiento comunista de los países del socialismo real. Y eso sí que justifica la necesidad de profundizar, de avanzar en la investigación de lo que se conoce ya como eurocomunismo^[54].

Un último salto lógico, caracterizado por el intento de mantener unidas la sacralización de los orígenes y la auto-representación como agente legítimo y necesario de la innovación política, clausuraron una conferencia densa de reflexión y de pathos político, marcada por una perspectiva de derrota ya segura.

52.- *Ibidem*, p. 188.

53.- *Ibidem*, p. 191. La misma cita destaca en la crónica de *L'Unità* sobre la conferencia de Sofía, acompañada de un montaje en el que Dimitrov se enfrentaba a Stalin. Fausto Ibba, «E allora perché l'Europa ci è contro, compagno Stalin?», *L'Unità*, 18 de junio de 1982, p. 3.

54.- *Ibidem*.

Venerdì 18 giugno 1982

FATTI E IDEE

Cent'anni fa nasceva Dimitrov il comunista che, accusato per l'incendio del Reichstag, trasformò il processo in un atto d'accusa contro il nazismo. Il rifiuto della teoria del socialfascismo e il giudizio sulla democrazia in Occidente lo portarono a contrasti con Stalin. Ricostruiamone uno che finora non è stato raccontato



«E allora perché l'Europa ci è contro compagno Stalin?»

Dimitrov e Stalin (*L'Unità*, 18 de junio de 1982).

Consideraciones finales

A propósito de Dimitrov: el teórico inacabado y el héroe modélico

En casi todos los discursos pronunciados en Sofía y en Madrid, en Roma como en Lisboa, el héroe de Leipzig representó una certeza cristalizada, una premisa común, una fuente de legitimidad indiscutible e indiscutida. El teórico del VII Congreso y de las democracias populares constituyó, por el contrario, el terreno de confrontación, y en algunos casos de choque, entre el internacionalismo proletario y el eurocomunismo, pero también y, sobre todo, si nos fijamos únicamente en los tres partidos investigados, el objeto de una interpretación divergente de la relación entre autonomía nacional y solidaridad internacionalista.

La elección de los jefes de delegación en la conferencia de Sofía —el secretario, el historiador, el combatiente— no dice nada, en sí misma, sobre la interpretación de la figura de Dimitrov, pero sí dice mucho sobre la aproximación de los tres partidos a un

acontecimiento que, aunque formalmente dedicado a la reflexión teórica, tiene claros objetivos políticos, el primero de los cuales es reafirmar la necesidad del movimiento comunista internacional, en los términos de la concepción soviética, como actor político efectivo, y no sólo como referencia simbólica de una memoria revolucionaria remota, tal vez compartida, pero inerte.

Cunhal interpretó la conferencia como un lugar político en sí mismo, tanto que se detuvo en la contingencia política nacional (como también habrían hecho los otros dos partidos en una conferencia política diez años antes), y se adhirió al planteamiento doctrinal de Ponomariov no tanto para resaltar la proximidad ideológica del PCP con el PCUS, sino para exaltar un protagonismo internacional de su partido que pudiese compensar su condición de aislamiento en el sistema político nacional.

Zangheri y Romero Marín representaban perspectivas y enfoques diferentes, pero comparten una elección: su presencia les permitía no rehuir la forma, no romper las relaciones en una fase política particularmente delicada tanto en el plano internacional como en sus respectivos países, y al mismo tiempo no adherirse al fondo político de la celebración. Pero su adhesión «formal» no estuvo exenta de implicaciones políticas: los comunistas españoles se encontraban en una situación particularmente crítica, en la que las escisiones prosovieticas eran una realidad desde hace años, no sólo una amenaza más o menos latente, por lo que confirmarse como el único referente español del movimiento comunista es un objetivo irrenunciable. Los comunistas italianos, con una tradición unitaria y una proyección internacional mucho más fuertes, fueron conscientes de que la permanencia en el seno del movimiento comunista garantizaba la posibilidad de interlocución con sujetos políticos, desde los partidos y

movimientos revolucionarios de los países africanos y asiáticos hasta los latinoamericanos, que fortalecía la concepción de un nuevo internacionalismo que miraba más hacia el norte-sur que hacia el este-oeste.

¿Y Dimitrov, en todo esto?

El teórico, como hemos visto en los congresos de Roma y Madrid, fue interpretado como un precursor inacabado del eurocomunismo: el VII congreso de la IC, a pesar de sus aporías, fue el punto de inflexión política que abrió la temporada de los frentes populares en Francia y España y, en Italia, sentó las bases del «nuevo partido» de Togliatti, el marco en el que pudo tener lugar el «giro de Salerno» de 1944 y los desarrollos posteriores de la vía nacional al socialismo. Su concepción de las democracias populares, desde su versión más abierta de 1946 hasta la mucho más rígida de 1948, representó en cambio el paso de una promesa de renovación a una realidad de conservación, coherente con la lógica de la guerra fría, pero no con las esperanzas desencadenadas por los frentes populares. Se trató, pues, casi de una demostración de la necesidad del eurocomunismo, que procedía, más que de las declaraciones de Dimitrov, de sus silencios: de la imposibilidad de desarrollar plenamente las implicaciones del VII Congreso en el contexto de la Guerra Fría.

El héroe, que leemos a través de los dos textos visuales de Bardem y Ruy, encarna el mito unificador de la lucha contra el nazi-fascismo, la fuente de legitimidad a la que recurrieron tanto los partidos comunistas de Europa occidental como los de Europa oriental: el antifascismo, la resistencia, la gran guerra patriótica. Sin embargo, las opciones narrativas y los registros estilísticos que encontramos en los dos textos remiten a enfoques divergentes de esta legitimidad, que a su vez sugieren interpretaciones di-

ferentes de la relación entre identidad, memoria y estrategia, así como de la dialéctica entre individuo y colectividad. El Dimitrov «español», centrado en el proceso, el advenimiento del nazismo, las premisas del VII Congreso, las dificultades del movimiento comunista y las relaciones con los socialistas, era un héroe muy humano, casi secularizado, que conoció el dolor y la derrota, el amor y el duelo, y quizá también por ello privilegiaba la realidad sobre la doctrina, la eficacia política sobre la coherencia ideológica. El Dimitrov «portugués» fue el hijo de la clase obrera y el padre de la Bulgaria socialista, el protagonista de un camino lineal, colectivo, casi desprovisto de ondulaciones y contradicciones, en el que cualquier posible cambio no hizo sino confirmar las «esencias profundas del comunismo» de las que también habló Carrillo, aunque no haya necesidad de redescubrirlas lejos de Moscú.

La cultura política de los comunistas a principios de los años ochenta

De las muchas declaraciones grandilocuentes de Ponomariov en Sofía, la siguiente puede ayudar a enmarcar mejor la cuestión:

«El meollo del problema radica en que el movimiento comunista no es un hijo adoptivo de la historia, sino su hijo natural. [...] Digan lo que digan quienes han sucumbido a la presión de la propaganda imperialista, quienes han vacilado ante la magnitud de los nuevos objetivos, quienes esperan eludir las dificultades que plantean los problemas actuales, encontrar atajos y engañar a la historia, no pueden discutir el hecho de que el socialismo real constituye, precisamente en nuestros días, el principal factor positivo en el desarrollo de toda la humanidad^[55]».

55.- *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*,

La segunda parte de esta cita, como sabemos, no era compartida por los eurocomunistas, a los que, por otra parte, se acusaba explícitamente de ceder ante el imperialismo; la primera, en cambio, constituía un rasgo común a las experiencias comunistas del siglo XX, un principio doctrinal que, a pesar de los cambios, divisiones, actualizaciones teóricas y políticas, incluidas las derivadas del VII Congreso, encontró plena expresión incluso en el eurocomunismo. Uno podía decidir situarse lejos de Moscú, pero no podía renunciar a estar «en el lado correcto de la historia», ni a ser, o proclamarse, «revolucionario».

Así, a pesar de los esfuerzos de todos por subrayar —pero raramente por matizar— las diferencias entre el contexto de los años treinta y el de principios de los ochenta, la amenaza de una tercera guerra mundial, de una hecatombe nuclear, acompañada de la descripción de una crisis económica que confirmaba las contradicciones irreconciliables del capitalismo monopolista, fue funcional para la recuperación y la actualización de una estrategia política: la de los frentes populares. Dicha estrategia permitió, por un lado, activar un principio de legitimidad, a la vez democrático, antifascista y revolucionario, y por otro, mostrar una posible salida, que consistiría en un encuentro unitario con los socialistas. Solo que este encuentro, esta estrategia, no surgió de un análisis de las condiciones reales del presente, sino de un proceso deductivo que asumió la necesidad histórica como principio estructurador de la estrategia política. En otras palabras, la unidad con los socialistas era necesaria, por lo que tarde o temprano, y a pesar de los propios socialistas, se produciría.

pp. 47-48.

Al margen de las consideraciones sobre la credibilidad de esta estrategia —más onírica que política, si nos atenemos a la oposición radical entre comunistas y socialistas en Europa Occidental a principios de los años 80, de la que sólo Francia es una excepción, pero brevemente— lo que nos gustaría subrayar aquí es que respondió a un rasgo primordial, y compartido, de la cultura política de los comunistas.

En las memorias de Bardem, donde relata la experiencia de la película de Dimitrov, encontramos una metáfora estimulante. El director español recibió no sin sorpresa la propuesta búlgara, acompañada de un guion que le pareció «más o menos aceptable», salvo por un detalle: faltaba el juicio de Leipzig. Los búlgaros explicaron que ya existían películas sobre el juicio, pero Bardem insistió y se impuso. La producción de la obra permitió al director español trabajar con lo mejor de las industrias cinematográficas de los países socialistas, con medios casi ilimitados a los que no estaba acostumbrado en su patria, hasta que llega el momento del enfrentamiento con la censura, ejercida por los institutos de historia vinculados a los partidos búlgaro, soviético y de Alemania del Este. La única disputa importante a la que tiene que enfrentarse se refería a la conversación entre Dimitrov y el socialista austriaco Otto Bauer: sus interlocutores afirmaban que nunca tuvo lugar, él replicó que no podían demostrarlo, igual que él mismo no podía probar lo contrario. El compromiso, propuesto por Bardem, fue que este encuentro fuese retratado como una «ensoñación» de Dimitrov^[56].

56.— «Claro que ellos ignoraban que yo tenía sobre mis espaldas treinta años de lucha contra la censura franquista y enseguida encontré la solución: transformar esa escena en una 'ensoñación' de Dimitrov - igual que había hecho con otra escena en *Felices pascuas*, que el ejército español vetó, y quería erradicar - y de este modo la escena fue aprobada». J. A. Bardem, *Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine*, p. 214.

Tras las esperanzas y expectativas que habían caracterizado los años setenta, a principios de la década siguiente los comunistas se encontraban aislados política y culturalmente, aunque continuaron siendo fuertes, con un importante arraigo social, con un consenso electoral, a excepción del PCE, notable, con una capacidad de movilización política que encontraba, sobre todo —pero no sólo— en el movimiento pacifista un terreno fértil. Carecen de una estrategia política creíble para la conquista del poder, y buscan en la memoria colectiva y en la construcción de la identidad las razones de su función política: dentro de la realidad, y sin embargo en oposición a ella.

No fue esta una condición fácil, un difícil equilibrio entre coherencia y contradicciones, identidad y praxis, que puede encontrarse expresado en un significativo pasaje de la entrevista con *Nuestra Bandera* en el que Bardem, presentando su trabajo sobre Dimitrov, describe su función como intelectual comunista en el tiempo presente:

«Yo hago cine tal y como creo debo hacerlo para transmitir a los demás mi manera de ver el mundo. Alguien, un día me dijo: «¿Es que tú no puedes pensar de otra manera que en comunista?» Como si pensar en comunista fuera como tener un horario de trabajo, ser comunista de cinco a siete y luego pensar de otro modo. No, uno es comunista todo el día. Cuando se afeita, cuando habla, cuando canta. Es una actitud, una manera de estar, una filosofía»^[57].

57.— Armando López Salinas, «Advertencia. Entrevista con Bardem», *Nuestra Bandera*, 112 (1982), p. 73.